



PAZ Y SALVACION Y LA OBRA REDENTORA DE CRISTO (Hacia una Teología Bíblica de la Paz – III)

Introducción:¹

El término “paz” (en sus principales formas) aparece unas cien veces en el Nuevo Testamento. A juzgar por el lugar prominente que ocupa en las Escrituras, debe ser un concepto de importancia fundamental para la comprensión del Evangelio. En su sermón en la casa de Cornelio, Pedro señala que el contenido del mensaje de Dios a los hijos de Israel es “el Evangelio de la Paz por medio de Jesucristo” (Hech. 10:36). Lo mismo dice Pablo en Romanos 5:1. Varias veces más Pablo escribe de “las buenas nuevas” o del “Evangelio de Paz” (Ef. 2:17; 6:17; Rom. 10:15). En Efesios 2, señala la creación de una nueva comunidad de paz como resultado fundamental de la obra redentora de Jesucristo.

Las Escrituras nos dicen que Dios es un Dios de paz; que Cristo es Señor de Paz. El profeta le llamaba al Mesías esperado el “Príncipe de paz”; el fruto del Espíritu de Dios es paz y “vivir en el Espíritu es ... justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”. En resumen, Dios es Dios de paz; Jesucristo es Señor de paz; Su Espíritu es Espíritu de paz; Su Reino es reinado de paz; Su Evangelio es la buena nueva de la paz; Sus hijos son pacificadores.

La paz está en el corazón mismo de la vida que vivimos y del mensaje que proclamamos los cristianos. Pero, ¿en qué sentido puede llamarse las buenas nuevas de la obra salvadora de Dios el “Evangelio de la Paz” como en efecto Pedro y Pablo lo hacen? En nuestra búsqueda para una respuesta bíblica empezaremos señalando dos visiones de paz en la tradición cristiana que han complicado nuestra comprensión del Evangelio como Evangelio de paz, y de la relación de la paz con la salvación experimentada en Cristo.

A) Otros Significados de Paz

¹ Véase a Juan Driver, *El Evangelio mensaje de paz*, Ciudad de Guatemala: Ediciones Clara-Semilla, 1997, pp. 25-30.

Primero, cuando la vitalidad misionera de la iglesia primitiva palestinense la llevó al mundo greco-romano con su proclamación del Evangelio de paz, encontraron que entre los griegos ya tenían su propio término para la paz, “eirene”. Pero lo notable es que su significado era bastante distinto del “shalom” hebreo que ellos habían aprendido de Jesús y de los apóstoles. Paz, para los griegos, era un estado o una condición estática, más bien que el sentido dinámico de relaciones interpersonales vividas en el contexto de la comunidad del pacto que caracterizaba el “shalom”. Podría significar un estado de descanso o la ausencia de conflicto. Para los estoicos principalmente significaba una condición mental y espiritual de armonía y orden interior. Se manifestaba en actitudes y sentimientos pacíficos y tranquilos, de recogimiento interior.

A pesar de representar un énfasis bastante extraño al pensamiento hebreo y bíblico, pronto notamos algunos de estos conceptos con sus prácticas correspondientes haciendo entrada en la iglesia. Ascetas y ermitaños cristianos se retiran a solas del bullicio mundano buscando recogimiento y armonía espiritual interior. Algunos de estos conceptos (tranquilidad interior, etc.) que son más griegos y paganos que hebreos y cristianos han perdurado hasta nuestros tiempos en ciertas clases de espiritualidad.

Segundo, La *Pax* romana era renombrada en el mundo antiguo y consistía de la ausencia de conflictos armados, siendo asegurada por la presencia del poderío militar del Imperio Romano. En realidad el centurión a quien Pedro dirigía sus palabras en Hechos 10:36 era un “pacificador” según el modelo romano, oficial en el ejército de ocupación, encargado de la seguridad y el orden a fin de que las riquezas de las colonias pudieran llegar a Roma. Esta paz consistía en el mantenimiento de la “ley y el orden” en el Imperio. Poetas romanos se referían a la época como una “edad de oro”. Pero entre las naciones subyugadas no era exactamente eso, pues la *pax* romana estaba construida sobre la represión de todos los enemigos del imperio. Eran oprimidos y exprimidos y sus recursos colocados al servicio de Roma. Fue a partir del emperador Constantino cuando esta forma de imponer la paz, tan contraria al espíritu de Jesús y al significado de “shalom” comenzó a recibir la bendición de la iglesia. Eusebio se convirtió en su apologista.

Otro aporte romano al concepto de paz en la iglesia ha resultado de su tendencia a concebir la relación entre Dios y los hombres en términos forenses o jurídicos y legales, según la mentalidad romana. Con el paso de los siglos, sus conceptos de pecado y transgresión de la ley divina y de perdón en términos de castigo, satisfacción, y declaración de absolución forense, contribuyeron al sistema penitencial romano. Luego el sistema sacramental de la iglesia (contrición, confesión, satisfacción, absolución) estaba diseñado para lograr “paz con Dios” de parte del pecador penitente en quien se había creado una conciencia atribulada.

Luego en la Reforma Protestante, aunque Martín Lutero reaccionó contra el legalismo en el sistema penitencial de la Iglesia Romana, él también luchaba dentro de sí mismo para encontrar seguridad de perdón (era monje agustino). En esta situación encontró consuelo en el texto paulino “justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1). Pero la “paz con Dios” ha tendido a comprenderse principalmente en términos de seguridad interior que el individuo halla bajo el indulto de

un Dios misericordioso. Este aspecto es importante pero no agota en ninguna manera el sentido bíblico de “paz”.

El concepto bíblico global de “shalom”, que es el que orienta el pensamiento de los escritores del Nuevo Testamento, no hace inválida la idea de paz personal que le da a uno confianza y seguridad interior de reconciliación con Dios. Pero sí subraya el hecho de que la paz bíblica es muchísimo más que esto. Tiene que ver con una nueva relación con Dios y también con nuestros semejantes en el contexto de la comunidad del Espíritu.

Por la gracia de Dios se abre la posibilidad de una comunidad de paz y justicia basada en el amor e inspirada por el Espíritu de Dios, en lugar de ser una mera agrupación de individuos guiados por intereses propios y preocupaciones egoístas y relaciones un tanto legalistas o jurídicas. Desgraciadamente, la dimensión comunitaria, social y espiritual de la “paz de Dios” se les escapa a muchos cristianos que conciben la “paz” en una forma casi netamente individualista e interiorizada. Debido a las distorsiones y deformaciones griegas y romanas ocurridas en la tradición de la iglesia, no nos damos cuenta de la naturaleza fundamentalmente social y comunitaria del Evangelio de la paz, e imaginamos que podemos tener paz con Dios aunque estemos en guerra con el semejante, porque lo uno es cuestión del alma y lo otro es exterior. Pero desde la perspectiva bíblica este dualismo no es aceptable. El ser humano es lo que hace, y obra de acuerdo con lo que es.

B) La Visión Neotestamentaria de la Paz

La visión bíblica de la paz es amplia. Hemos notado ya que el “shalom” de Dios es el fundamento para comprender el significado de “eirene” en el Nuevo Testamento. En sus páginas nos encontramos con 1) el Dios de paz que hace paz con la humanidad a través de la obra redentora de Cristo abriendo el camino a 2) la paz con Dios, o reconciliación (Rom. 5; 2 Cor. 5; et al.); 3) la paz de Dios, la experiencia de dicha personal y bendición (Rom. 8; Fil. 4; et al.); y 4) el Dios que sigue haciendo la paz, mediante la reconciliación de enemigos (Col. 1; Ef. 2; et al.). El Dios de paz hace la paz para que los humanos reconciliados y transformados por este Dios pacificador ahora, como “hijos de Dios”, sean pacificadores al estilo de Dios. A continuación veamos esto por partes.

1) El Dios de la paz hace la paz. Por su propia naturaleza Dios es un Dios de paz. “El Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo” (Heb. 13:20) es el Dios que hace la paz en, y por medio de, el pueblo que lleva su nombre. Esta es la forma en que Dios se da a conocer en el curso de la historia humana. El Dios de paz y salvación libera a través del éxodo, en la liberación de su pueblo del exilio y en un nuevo éxodo de liberación por medio de Jesucristo. Notamos ya que esta visión de paz, basada en el carácter mismo de Dios, es mucho más amplia y rica en sus dimensiones que el concepto limitado de la paz de Dios que ha caracterizado la visión de muchos cristianos a través de la historia.

2) La actividad salvadora de Dios trae la paz y la reconciliación con Dios. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia” (Rom. 5:1,2a). La experiencia

actual de la gracia y de la paz de Dios, si bien es cierto que es tan solo el anticipo de su cumplimiento final, que hará completa nuestra visión de la paz con Dios, es una realidad ya en la comunidad del nuevo pacto, vislumbrada por los profetas (Jer. 31:33-34) y vivida en la nueva comunidad del Espíritu.

3) El Dios de la paz es El que nos otorga Su paz. “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da ... el Padre mayor es que yo” (Jn. 14:27,28). Esta es “la paz de Dios que gobierna” nuestros corazones (Col. 3:15). De modo que la paz de Dios se refiere también a la experiencia subjetiva de la paz de la salvación que Dios otorga por su amor. Por eso, darle la paz de Dios al prójimo ha sido una de las fórmulas predilectas de bendecir unos a otros en la familia de Dios. Esta dimensión espiritual de la paz es de importancia fundamental, fortaleciéndonos para confrontar la violencia, en sus muchas formas, en nuestra lucha contra el mal. Contribuye a la creación de un ambiente de paz en que el temor ya no puede ejercer su influencia nociva. Son las personas atribuladas e inseguras las que suelen echar mano a las armas para defenderse de sus enemigos, reales o imaginados. “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; ... De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor” (1 Jn. 4:18).

4) El Dios de paz nos invita a ser pacificadores reconciliando a enemigos de la misma manera en que Dios los reconcilia (Col. 1:19-23; Ef. 2:11-22). La manera en que Dios reconcilia a sus enemigos – “haciendo la paz ... mediante la cruz” – llega a ser el modelo para acciones reconciliadoras, tanto divinas como humanas. La buena noticia del evangelio es que, “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:8). La cruz no fue tan solamente el instrumento mediante el cual fuimos reconciliados con Dios. Fue el medio para reconciliar enemigos humanos entre sí. Efesios 2:14-17 destaca el poder de la cruz para reconciliar a grupos alienados – judíos y gentiles – además de reconciliar a ambos con Dios. Y se nos da la impresión que lo último no se da sin lo primero. Así que “amar a los enemigos” es más que una exhortación de Pablo y los Evangelios. Es la forma en que Dios comunica evangelio, ofreciendo su salvación. El evangelio de salvación no puede separarse de la invitación a amar a nuestros enemigos. Ambos son expresiones del carácter esencial de Dios. Es una herejía enseñar la obra redentora de Cristo sin invitar a amar a los enemigos. La salvación de Dios y el amor para el enemigo no pueden ser separados. Esta sí, es una gracia asombrosa. Jesucristo es nuestra paz. Hace la paz mediante la cruz. Y nos invita a ser pacificadores como él lo es.

C) La Muerte y la Resurrección de Jesús²

La trayectoria de Jesús de Nazaret, su vida y su muerte, fue realmente asombrosa. Anduvo sirviendo a los pobres, los enfermos, los oprimidos y los marginados de toda clase. Incluso mostró interés especial en aquellos que eran considerados indignos de la misericordia de Dios. Anunciaba la llegada del reinado de Dios e invitaba a la gente a reorientarse, a convertirse, y a comenzar a participar de los nuevos valores de la era que amanecía. El dijo que era el Mesías esperado, y que traía el reino por medio del amor (incluso para los enemigos de Dios) en lugar de depender del poder de la espada. Y lo que es aún más asombroso, él ofrecía el perdón de los pecados y la reconciliación con

² Ibid., pp. 71-75.

Dios y con los semejantes a personas, que de acuerdo con las normas reconocidas, no lo merecían, cosa que escandalizaban a la gente religiosa de la época. Y su insistencia en que el patio del templo estuviera a disposición de los paganos que quisieran acercarse al Dios de Israel, en lugar de emplearse como centro de comercio al servicio de la jerarquía religiosa, que controlaba el culto en el templo, fue la gota que colmó el vaso de la furia de las autoridades establecidas. Y a los pocos días fue crucificado.

Así que Jesús murió en una cruz romana acusado de impiedad blasfema, herejía religiosa, radicalismo social y pretensiones políticas. Desde la perspectiva judía morir en una cruz era señal segura de no ser el Mesías. En su ley estaba escrito: “Maldito todo el que es colgado en un madero” (Dt. 21:23). De modo que en ese viernes oscuro las esperanzas de sus seguidores fueron reducidas a cero. Desde toda perspectiva humana, la credibilidad del mensaje y las pretensiones mesiánicas de Jesús fueron destruidas.

Pero al tercer día resucitó de la muerte. Y de repente, a la luz de la resurrección, la cruz cobró otro sentido. Para los seguidores de Jesús la resurrección es la evidencia decisiva de que la nueva era anunciada por Jesús ha llegado. Pues reconocen en Jesús “las primicias” de la resurrección final (1 Cor. 15:20-23). Y muy pronto Pentecostés ofrece otra demostración más de que la nueva era ha llegado. La venida del Espíritu del Cristo viviente constituye “las primicias” y la “garantía” del cumplimiento final (Rom. 8:23; 2 Cor. 1:22; 5:5). Pentecostés nos dice que el poder de la nueva era ya está entre nosotros y que la manifestación final y plena del reino de Dios está asegurada.

De modo que Jesús, el carpintero de Nazaret, era en verdad el Mesías. Jesús murió porque no vaciló en ser fiel a su Padre Dios, amando de manera absolutamente desinteresada tanto a sus discípulos como a sus enemigos hasta el punto de sufrir y morir en manos de los poderes constituidos. Y Dios le vindicó. Le resucitó al tercer día, dándole así la razón a su Mesías, Jesús. Su mensaje en relación con el reinado de Dios y sus pretensiones mesiánicas resultaron ser válidos. Incluso después de su resurrección los seguidores de Jesús no dudaron en referirse a él con títulos divinos. Ante Jesús resucitado Tomás exclama “Señor mío, y Dios mío” (Jn. 20:28). “Kúrios” (Señor) es el término con que se traduce “Yahveh” en el Antiguo Testamento y, en el ámbito secular, se refería al emperador romano. Sorprendentemente éste era el título que llegó a emplearse con mayor frecuencia para Jesús en el Nuevo Testamento. En verdad, Dios mismo “estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” 2 Cor. 5:19).

Solamente cuando comprendemos quién era el crucificado comenzamos a captar el significado pleno de la cruz. Se trata del Verbo que “era con Dios y ... era Dios” (Jn. 1:1). Dios mismo se ha encarnado y “habitó entre nosotros” (Jn. 1:14). Y en esta condición “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo ... haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7-8). Sólo desde esta perspectiva podemos captar en toda su profundidad la enseñanza de Jesús acerca del amor y la paz de Dios. La forma en que Dios actúa hacia sus enemigos es amarlos hasta el punto de dar su vida por ellos. Y la cruz de Cristo es la demostración más clara y elocuente de esta verdad.

Tras la muerte y resurrección de Jesús y la venida de su Espíritu con poder asombroso, los discípulos de Jesús se pusieron a reflexionar sobre el significado de estos acontecimientos y el papel de Jesús como pacificador por excelencia y. Y no tardaron en reconocer en la muerte y resurrección de Cristo el evento central en el drama cósmico de la obra salvadora de Dios. En este proceso ellos recordaron las propias palabras que Jesús había compartido con ellos con referencia al desenlace que se le acercaba. También volvieron a leer los textos mesiánicos del Antiguo Testamento a la luz de la inesperada muerte del Mesías. Y finalmente, su propia experiencia de convivencia con Jesús y el poder maravilloso de su Espíritu en medio de ellos contribuyeron a este proceso de reflexión a fin de entender y comunicar a otros el tremendo significado de la obra de Cristo, de acuerdo con la intención salvífica de Dios, y cómo el Dios de la paz hace la paz con la humanidad. Y por medio de la inspiración de su Espíritu viviente pudieron comenzar a captar las dimensiones cósmicas y sociales, al igual que personales, de la muerte y la resurrección de Jesús y el verdadero carácter del shalom de Dios.

Echaron mano a una amplia gama de conceptos y símbolos para poder entender y explicar a otros el significado de la muerte de Cristo.

- 1) Veían en la cruz de Cristo y en la tumba vacía la victoria contundente de Dios sobre todos los poderes del mal, por medio de la cual “nos ha librado de la potestad de las tinieblas” (Col. 1:3).
- 2) Veían en los sufrimientos de Jesús el cumplimiento de la visión profética del Siervo Sufriente de Yahveh que trae justicia y anuncia paz y salvación a costa de su propio sufrimiento y muerte vicaria (Is. 42:1-6; 52:7).
- 3) Comprendían que el Evangelio de salvación consiste fundamentalmente en el “testimonio de Jesucristo ... el testigo fiel ... que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apoc. 1:2,5). En Jesucristo se juntaban los dos sentidos de martirio: testimonio y fidelidad (en este testimonio) hasta la muerte misma.
- 4) Se dieron cuenta de que en Jesús se cumplen los sacrificios del Antiguo Testamento, pues él es tanto el sumo sacerdote como la víctima ofrecida por nosotros por medio de la cual los pecados del pueblo son expiados (Heb. 8:1-10:18). No hacen falta más víctimas ni chivos expiatorios. Por medio de su sacrificio Jesús se convierte en Mediador del Nuevo Pacto, pues su sangre intercede con una elocuencia única (Heb. 12:24).
- 5) Reconocieron que en Jesús el Dios misericordioso se había hecho presente entre su pueblo. De la misma forma en que “el propiciatorio” simbolizaba la presencia misericordiosa de Yahveh en Israel Antiguo (Ex. 25:17-22) ahora reconocían en Jesús “la propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 2:2). De modo que vieron en Jesús el propiciatorio de Dios por medio del cual los pecados de su pueblo son expiados, es decir, borrados o cubiertos por su muerte (1 Jn. 2:2; 4:11).

- 6) Al igual que el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento fue liberado de la esclavitud egipcia, el nuevo pueblo de Dios se sentía redimido de toda clase de esclavitud que los había sujetado a servidumbre. De modo que la libertad consiste en reconocer y servir a un nuevo Señor, a Jesucristo, el que murió y resucitó (Col. 1:13-14).
- 7) En la comunidad del Mesías encontraron que no sólo se hallaban reconciliados con Dios, sino que también habían sido quitadas por Jesús las barreras que los separaban de sus enemigos (2 Cor. 5:14-21). Tan real y concreta fue esta reconciliación entre ex-enemigos y tan clave había sido el protagonismo de Jesús, entregando su vida hasta la muerte misma en este esfuerzo reconciliador, que a Jesús se le llama “nuestra paz” (Ef. 2:13-16). De modo que la comunión con Dios y con los semejantes (aún los que se tienen por enemigos) había llegado a ser una posibilidad real (pues Cristo había quitado todas las barreras de separación).
- 8) Por medio de Jesús entendieron que la “justicia” es la forma que toman las relaciones en el pueblo de Dios. También reconocieron que por medio de la fidelidad de Jesús hasta la muerte misma, ellos habían sido justificados – hechos justos – (Rom. 3:21-26).
- 9) Se dieron cuenta de que otro de los resultados de la muerte de Cristo era llegar a ser “adoptados” en la familia de Dios (Ef. 1:5-7) donde reina una familiaridad inaudita que les permitió a ellos, al igual que Jesús, llamarle a Dios, “Abba”, (papá o papaíto) (Gál. 4:5-6).
- 10) Finalmente, reflexionando sobre la vida, muerte y resurrección de Jesús, se dieron cuenta de que Jesús es el modelo perfecto, o imagen, de la intención de Dios para toda la humanidad. Por eso se le llama a Jesús “el postrer Adán” (1 Cor. 15:45-49); “Pionero de la salvación” (Heb. 2:9-12; 12:2, Nueva Biblia Española); “Precursor” (Heb. 6:20); y “Primogénito” (Col. 1:15,18). Jesús en su vida y en su muerte es modelo para el vivir y morir de sus seguidores.

Probablemente más que ningún otro pasaje particular en el Nuevo Testamento, Efesios 2:11-22 recoge de una manera u otra estos conceptos con que los apóstoles entendieron el significado de la muerte de Cristo.

Todas estas imágenes encuentran un punto de convergencia en la creación de una nueva humanidad cuya convivencia se caracteriza por la paz. De modo que la reflexión paulina sobre la muerte y resurrección de Cristo apunta fundamentalmente hacia la creación de una nueva comunidad de paz; paz con el prójimo (y aun con el enemigo) y paz con Dios.

“Ahora, en cambio, gracias al Mesías Jesús, vosotros los que antes estabais lejos estáis cerca, por la sangre del Mesías, porque él es nuestra paz; él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad, aboliendo en su vida mortal la ley de los minuciosos preceptos; así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad. Por eso, su venida anunció la paz a

los que estabais lejos y la paz a los que estaban cerca, pues gracias a él unos y otros, por un mismo Espíritu, tenemos acceso al Padre” (Ef. 2:13-18, Nueva Biblia Española).

D) La No Violencia de Dios: Fundamento de Nuestra No Violencia³

La muerte de Cristo es una demostración clara del amor no violento de Dios hacia sus enemigos. “Dios muestra su amor para con nosotros, que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros ... siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom. 5:8,10). La alternativa cristiana a la violencia no está basada en alguna forma de humanismo, ni en los intereses de la eficacia social, ni siquiera en la idea de que la vida es sagrada, aunque puede haber algo de verdad en todas estas motivaciones. La no violencia de los cristianos tiene su fundamento en la cruz de Cristo. Y finalmente está basada en la naturaleza misma de Dios. Amar a los enemigos es la única forma de realmente ser “hijos de Dios” (Mt. 5:9,44-45). Esto era cierto para Jesús y lo es también para sus seguidores. En lugar de buscar la destrucción de sus enemigos, Dios sigue derramando sobre ellos bendiciones, y los auténticos hijos de Dios harán lo mismo. Esto implica, claro está, que los que no aman a sus enemigos no son realmente hijos de Dios en el sentido en que Jesús lo entendía. De modo que los hijos de Dios hemos de reflejar el carácter de Dios aunque nos signifique una cruz.

Jesús enseñaba que Dios ama y perdona a los pecadores aun cuando éstos merecen ser tenidos por enemigos, porque en realidad lo son. El concepto que tuvo Jesús de su propia muerte como Mesías nos dice aún más en relación con la forma en que Dios trata a sus enemigos. “El Hijo del Hombre ... vino para dar su vida en rescate por muchos” (Mc. 10:42). El camino a la reconciliación incluye la disposición a sufrir a favor de los enemigos. Este es el camino que tomó Dios en la persona de Jesús. La cruz es la máxima demostración del amor sufriente con que Dios responde a sus enemigos. La cruz vicaria de Jesús da fundamento y credibilidad a sus propias enseñanzas con las que invita a sus seguidores a amar incluso a sus enemigos también.

La cruz no se trata del sacrificio de una mera víctima humana para poder aplacar la ira de un Dios hostil y lejano. Si fuera así constituiría una contradicción de las doctrinas de la Encarnación (que Dios mismo se ha hecho hombre) y de la Trinidad (que Dios es Uno en tres personas). Es Dios mismo quien sufre. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:19). En la cruz de Cristo, Dios mismo sufrió a favor de sus enemigos. Aunque no seamos capaces de comprender este misterio totalmente, nos dice por lo menos dos cosas: 1) que el Dios justo y misericordioso recibe a los pecadores en amor y con oferta de perdón y reconciliación y 2) que Dios quiere que nosotros tratemos a nuestros enemigos de la misma manera misericordiosa y sacrificial.

¿Pero cómo podemos reconciliar la ira de Dios con este amor sacrificial que le caracteriza? El contexto en que la Biblia concibe la “ira de Dios” es su pacto de gracia y amor. Y aunque la ira de Dios en sus dimensiones escatológicas e históricas sigue siendo un misterio para nosotros, puede entenderse como un celo divino por las relaciones de alianza con su pueblo y su dolor cuando esta alianza es violada. La desobediencia de su

³ Ibid., pp. 75,76.

pueblo despierta los celos de Dios precisamente porque nos ama tanto. En sus manifestaciones históricas, la ira de Dios generalmente consiste en permitir que las consecuencias directas e indirectas del pecado humano caigan sobre nuestra propia cabeza (Rom. 1:18-32). El Nuevo Testamento relaciona la liberación de la ira divina, tanto en su forma histórica, como de la ira venidera, a la obra de Jesucristo.

De todos modos, queda totalmente claro en el Nuevo Testamento que siempre hemos de imitarle a Dios en su amor sacrificial y nunca en su ira. "No os venguéis vosotros mismos ... dejad lugar a la ira de Dios ... Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor" (Rom. 12:19). Pero lo paradójico y lo trágico es que muchos cristianos han venido interpretando la Biblia al revés en esta cuestión, imitando a Dios en manifestaciones de su ira y juicio sobre sus semejantes, y rehusando imitarle en su cruz no violenta de amor y sacrificio vicario a favor de sus enemigos.

En la vida de la Iglesia ha sido realmente trágico que muchos cristianos que han confiado en la cruz vicaria de Cristo para el perdón de sus propios pecados no hayan percibido sus implicaciones para su propia actitud hacia sus enemigos, y por lo tanto, para los problemas de la violencia (la pena capital y la guerra) han tomado sus modelos de otras fuentes: de "los reyes de las naciones" que llevan "la espada" (Lc. 22:25; Rom. 13:4). Y también es trágico que muchos cristianos que enfatizan el pacifismo y la no violencia, no los fundamenten en el centro mismo del Evangelio, en la cruz vicaria de Jesucristo, sino en bases secundarias, humanitarias y estratégicas, restándoles importancia y auténtico radicalismo a su postura no violenta. Hemos de ser no violentos porque lo es Dios mismo, y nos lo ha revelado con toda claridad en la cruz de Cristo.